

tería, que solo salen bien los vestidos que se hacen por medidas. Se ve desde luego, que el pórtico de San Severino no es suyo.

El rey Juan regaló á San Severino uno de los primeros órganos que hubo en Francia.

Recuerdos históricos, gracia monumental, origen mis-



Vista exterior de la iglesia de San Severino.

terioso, pórtico memorable, vidrieras antiguas, reliquias preciosas, todo lo posee esta pequeña iglesia, sin mas defecto que el estar rodeada de casucas indecentes que la afean cual si fuesen otras tantas manchas y de las que por órden

SEGUNDA SERIE.—1864.

del emperador Napoleon III, va á verse libre, cual lo exige la perspectiva de un monumento religioso y el respeto á tan histórico y santo lugar.

AÑO XXII. 23

EL HOMBRECILLO DEL BOSQUE.

Un cazador que fué una mañana muy temprano á un bosque para tirar á los conejos y á las liebres, vió muchos gamos, corzos, conejos y varias clases de pájaros, pero no pudo cazar ninguno. Fatigado de estar inútilmente de espera detrás de un árbol, se sentó en una plazoleta, sacó de su morral un zoquete de pan, una hermosa loncha de jamon, una calabaza llena de vino y se puso á almorzar con muy buen apetito.

Despues que hubo terminado su comida, el cazador oyó un ligero ruido entre las matas de taray que habia enfrente de él ¡Hola! por lo menos debe ser un conejo, dijo para sí. Monta la escopeta y ¡paf! sale el tiro. Corre gozoso hácia el sitio en donde cree encontrar la pieza, y vé con sorpresa suya, en lugar de un gran conejo, un hombrechillo del tamaño de un niño de tres años, con uno de sus brazos cubierto de sangre. Desolado con aquel accidente el cazador, arrancó inmediatamente la corbata que llevaba al cuello para curar la herida de su pobre víctima y quedó muy contento al ver que los perdigones solamente habian rozado la piel del hombre.

—No me hallaba allí escondido, dijo el hombrechillo con aire imponente, me paseaba á la sombra, no lejos de mi mansion.

—¿Cómo! ¿Vive vd. por aquí, caballero? preguntó el cazador con sorpresa.

—Sí señor, replicó el hombrechillo; si vd. quiere ver mi habitacion le llevaré á ella con el mayor gusto del mundo.

Satisfecho el cazador con aquella buena oferta, tomó de la mano á su nuevo conocido y marchó á su lado, achicando el paso todo lo que pudo. Al cabo de algunos minutos el hombrechillo se detuvo ante un tonel que tenia tres aberturas; la mas grande figuraba la puerta de entrada y las otras dos, cortadas en forma de cruz, representaban las ventanas. Los pedazos de madera que se habian quitado para esto servian de postigos.

—Aquí tiene vd. mi casa, dijo el hombrechillo indicando con el dedo el viejo tonel, duermo mejor sobre mi cama de hojas secas que en la gran cama de Boa.

¿Qué quiere vd. decir con eso de «la gran cama de Boa» caballero? preguntó el cazador.

—Es verdad que vd. no sabe todavía á quien habla, replicó el hombrechillo lleno de altivez; pero antes de contarle á vd. mi historia, hágame vd. el favor de aceptar alguna cosa con que refrescar.

El hombrechillo entró entonces, derecho como una I, en su tonel y salió pocos instantes despues con una cesta tejida de mimbre en la que se encontraban ciruelas silvestres, bellotas asadas y un nido lleno de huevos con cáscara verde salpicada de pintitas encarnadas. Corrió despues á sacar con una hortera agua fresca y trasparente, que se encontraba á alguna distancia en una fuente tapiada de musgo y de florecitas azules en forma de estrella de oro.

El hombrechillo arregló todo esto sobre el césped con mucha simetría é invitó á su huésped á que probase los alimentos que le habia servido. Felizmente nuestro cazador habia aplacado su hambre en el bosque; sin embargo, no queriendo desairar al hombrechillo, tomó uno de aquellos lindos huevecitos, que encontró muy buenos, y cascó algunas be-

llotas, cuyo gusto le hizo recordar la taza de café que tenia costumbre de tomar despues de comer.

—A fe mia, caballero, dijo el cazador sonriendo, que tiene vd. una excelente mesa, pero como segun el proverbio no hay buena comida sin buena cancion, vd. deberia contarme ahora su historia.

—Con mucho gusto, respondió el hombrechillo sentándose al lado del cazador, y continuó con tono de conviccion: sin duda habrá vd. oido hablar del célebre enano Poquelino.

—Ni una palabra, jamás, respondió el cazador con indiferencia.

—Pues es admirable, dijo el hombrechillo haciendo un gesto. Pues sepa vd., señor cazador, que soy el célebre enano Poquelino.

—Sea enhorabuena, dijo el cazador; pero veamos la historia.

—A lo que yo puedo acordarme, repuso el enano, he vivido siempre con un excelente señor llamado Barbiche, á causa de sus grandes barbas y bigotes. Llevaba ordinariamente un vestido encarnado guarnecido de galones de plata y un sombrero de tres picos con plumas largas y amarillas. Cuando llegábamos á una ciudad, el señor Barbiche hacia construir en la plaza mas frecuentada una tienda de tablas, colocaba á su criado Tanfan á la puerta tocando un tambor, y á mí me sacaba de la caja en donde de ordinario me tenia oculto. Llenábase la tienda de una multitud de curiosos que examinaban la pequenez de mi estatura, admiraban las hermosas proporciones de mis miembros y acariciaban mis abundantes cabellos, finos y rizados. Las señoras me daban confites mientras que los caballeros me hacian saltar en sus brazos. En fin era mas feliz que un rey. Hete aquí que un día llegamos á Berlin.

—¿Qué país es ese? preguntó el cazador.

—No es país, respondió Poquelino levantando los hombros; Berlin es la capital del gran reino de Prusia. S. M. Federico I, ó II, ó III, no recuerdo bien cual era, me hizo el honor de recibirme en su casa.

—¿Cáspita! dijo el cazador.

—La víspera del día en que debia yo ser presentado en público con el uniforme de granadero, por la noche ví entrar al señor Barbiche en mi cuarto acompañado de un hombre grande, tan grande como ese árbol.

—Poquelino, me dijo, te traigo un camarada; trata de vivir en paz y buena inteligencia con él, hijo mio y daos un abrazo en señal de amistad.

A estas palabras el hombre grande me cogió por el cuello de mi casaca y me levantó como una pluma hasta la altura de su cabeza. Cuando ví así, tan cerca, una boca enorme, pensé que iba á tragarme, y me puse á temblar con todo mi cuerpo. Por fortuna se contentó con darme un beso en la mejilla, con tal cariño y fuerza, que me rompió dos dientes; luego me volvió á dejar en el suelo, pero tan violentamente, que creí se habian desencuadrado mis miembros. Desde aquel momento no pude gozar ya descanso alguno. Al menor gesto de mi camarada Boa, así se llamaba, experimentaba un miedo terrible; además, el señor Boa era muy malo, y no hacia mas que atormentarme. Pocos días despues de su instalacion en casa del señor Barbiche, quebró de un solo puñetazo un cofre de viaje que me servia al mismo tiempo de cama, viéndome obligado á tenderme en una de esas malditas camas de paja, en donde no podia revolverme.

Otra vez, habiendo perdido su petaca, me amenazó con fummarme en su pipa si no la encontraba. Por último, Boa me hacia tan triste y amarga la vida, que resolví escaparme á la primera ocasion.

No se presentó esta sino al llegar al pié de esta montaña. Para aliviar á nuestro caballo que iba fatigado, el señor Barbiche y Boa bajaron del coche para subir la cuesta, y caminaron adelante. Yo les estaba acechando desde mi cajon, y cuando se hallaron á cierta distancia di un brinco y salí del carruaje. Durante muchas horas permanecí inmóvil entre los jarales y las matas, y despues, cuando llegó la noche, trepé sobre un árbol donde me dormí como si estuviese en la cama de Boa.

A la mañana siguiente, al despertarme, contemplé el sol de oro, las rosadas nubes, el azulado cielo, los verdes árboles, escuché el gorjeo de los pajarillos, y me encontré el hombre mas feliz con mi libertad.

Cuando bajé del árbol, eché á correr por el bosque lo mismo que un gamo. Cogí nueces, huevos de perdiz, y con ellos me alimenté abundantemente. Al cabo de algunos dias descubrí desde lo alto de un pino un carruaje cargado de toneles que atravesaba el bosque. El carretero caminaba á pié silbando. En mi paseo, despues de medio dia, tuve la felicidad de hallar uno de aquellos toneles en medio del camino. Se hallaba vacío, pero necesité de una gran paciencia para hacerle rodar hasta el sitio donde me he arreglado con él una habitacion. Desde entonces es vd. la primera persona, señor cazador, á quien he encontrado en mi soledad.

—Pues á fè mia, mi querido Poquelino, que es divertida vuestra historia. Ahora que estais tan bien alojado lejos de vuestro camarada Boa, ¿no teneis nada que desear?

—¡Oh! sí, señor cazador; respondió el enano dando un suspiro.

—Vamos á ver: ¿qué te falta ahora? respondió el cazador.

—¡Ah! ¡si yo pudiese tener una casita en lugar de este maldito tonel!... replicó tímidamente el hombrecillo.

—¡Oh, señor Poquelino! el deseo de vd. es, á fè mia, mas grande que su estatura, dijo el cazador riendo. Sin embargo, le aconsejo á vd. que haga como yo cuando tengo deseo de alguna cosa.

—¿Y qué hace vd., señor cazador? preguntó el enano con visible curiosidad.

—¡Cáspita! pido á Dios que me lo dé, respondió el cazador descubriéndose la cabeza.

—¿Y quién es ese señor Dios? preguntó con tono sencillo el enano.

—¡Cómo! ¿mi hombrecillo no ha oido hablar jamás de Dios? exclamó el cazador con sorpresa.

—Nunca, contestó con indiferencia el enano.

—¿No se ha preguntado vd. jamás quién ha hecho ese sol de oro, esas nubes rosadas, ese azulado cielo, esos verdes árboles, esos pajarillos que cantan, esas frutas que alimentan á vd.? continuó el cazador cada vez mas admirado.

—Jamás, respondió Poquelino.

—¿Y no desea vd. saberlo? preguntó el cazador.

—No me pesaria conocer á ese gran señor que ha hecho todas esas cosas, replicó el enano.

—Pues bien, hombrecillo; se llama Dios ese Espíritu Todopoderoso que ha criado el mundo, y cuya mansion está en lo alto, en ese bello y azulado cielo que tanto agrada á vd. Ese Espíritu ama á todos los hombres, como un padre

ama á sus hijos, y cuando sinceramente piden que les dé una cosa, se la concede, como un padre accederia á la peticion de sus hijos.

—¡Oh! entonces rogaré desde luego al Espíritu de Dios que haga morir á Boa, exclamó el enano con manifesto contento.

—Dios no escucharia á vd., caballerito, replicó el cazador con tono grave.

—¿Y por qué? ¿Pues no dice vd. que nos concede todo lo que le pedimos?

—Sí, pero no cuando nuestros deseos traen el mal á otro; dijo el cazador con tono severo.

—Pues bien, voy á comenzar pidiendo al Espíritu de Dios que me edifique una casita, exclamó Poquelino, dando saltos de alegría.

El cazador se despidió de su huésped, y se volvió á su casa.

II.

Los dias siguientes, Poquelino exclamaba cuantas veces miraba al cielo ó contemplaba los verdes árboles: «Espíritu de Dios, edifícame, si quieres, una casita.» Pero pasaron las semanas y el tonel no se cambió en casita. Comenzaba á perder el ánimo, y estaba á punto de renunciar á orar á Dios, cuando, despues de haber pasado un dia recogiendo madera seca en el bosque, descubrió por la noche una viva claridad alrededor de su mansion. Temiendo no se hubiese pegado fuego á su vivienda, donde habia dejado algunas cenizas calientes para cocer huevos á su vuelta, se precipitó hácia el sitio del incendio. Júzguese de su asombro, cuando en lugar de su vieja barrica, encontró la mas linda casita que puede figurarse uno. La cocina estaba guarnecida de cacerolas de cobre, que el fuego encendido de la chimenea hacia relucir como un oro. En el comedor se hallaba una mesa redonda, dos sillas de junco, y un aparador lleno de vajilla. El salon estaba adornado de un diván y dos butacas, y un armario con espejo, conteniendo un surtido completo de útiles de carpintería. En fin, la alcoba contenia un lecho con colgaduras, una mesa de noche, y una cómoda llena de ropa blanca y de vestidos: todo muy bonito y muy pequeño, como el equipo de una muñeca grande. A la vista de tan infinito número de cosas bonitas, Poquelino no cabia en sí de alegría. Pasaba tan pronto de la cocina á la sala, de la sala al comedor, del comedor á la alcoba, y no se cansaba de admirar aquellos objetos. Sin embargo, al cabo de poco tiempo nuestro enano no se hallaba mas feliz que antes. En su fastidio imaginó un dia poner un banco delante de su casa, y se puso á cepillar una tabla del fondo de su tonel viejo. ¡Pum! un tiro vino á detenerle en medio de este trabajo.

—Buenos dias, hombrecillo, le gritó el cazador aproximándose á él; me parece que ahora ya no tendremos nada que desear.

—¡Ah! sí, señor cazador; respondió el enano bajando los ojos.

—Veamos, hombrecillo; ¿qué te falta todavía? preguntó el cazador.

—¡Si yo pudiese tener una cabrita para tomar leche!... replicó el enano con tono lleno de envidia.

—Pues bien, señor Poquelino, es preciso rogar á Dios que te de una cabrita, como te ha dado una casita, respon-

dió apresuradamente el cazador, y corrió tras una liebre.

Por la noche, antes de acostarse, Poquelino se sentó sobre el banco delante de su puerta, y contempló las estrellas. Le parecieron unos ojillos de oro que le miraban y pensó que era la pupila de Dios, y exclamó con gran fervor:

—Espíritu de Dios, envíame, si quieres, una cabrita.

Cuando se despertó á la mañana siguiente, Poquelino oyó distintamente:

—¡Meaaa! ¡meaaa!

Temblando de alegría, corrió el enano á abrir la puerta, y una cabrita, blanca como la nieve, con los cuernos negros y relucientes como el ébano, se hallaba atada al pie del banco con una cinta azul.

Encantado quedó el hombrecillo. Desde entonces tenía leche, nata, manteca fresca, y escelentes quesos. Sin embargo, al cabo de un poco tiempo estos alimentos ya no le gustaban, y un día, estaba precisamente ordenando á la cabra, cuando, ¡pum! un tiro disparado cerca de sus oídos le hizo verter la jarra de la leche.

—¡Hola, hombrecillo! le gritó el cazador. ¿Cómo va? ¿Ya no tenemos nada que desear, eh?

—¡Ah! Sí, señor cazador, respondió el enano con voz tímida.

—Veamos, hombrecillo, ¿qué te falta todavía?

—¡Ah! si yo tuviese una escopetita.... respondió el enano echando una envidiosa mirada sobre la escopeta del cazador.

—Bien, es preciso pedir á Dios que te dé una escopeta, como te ha dado una casita y una cabrita, dijo el cazador corriendo tras un gamo.

Por la noche, antes de acostarse, Poquelino se sentó en el banco delante de su puerta; contempló á la luna que le pareció una cara de plata que le miraba; pensó que era el rostro de Dios, y exclamó todo conmovido:

—Espíritu de Dios, dame, si quieres, una escopeta.

A la mañana siguiente, habiendo visto Poquelino á una liebre ocultarse bajo un montón de hojas secas, corrió ligero á buscar un palo á fin de cogerla, porque el hombrecillo tenía grandes deseos de hacer un plato con ella; pero ¡cuál fué su alegría cuando en lugar de un garrote encontró una escopetita, una bolsa de municiones y un morral, todo tan grande como para un cazador de tres años!

Ya tenemos á nuestro enano en el colmo de la satisfacción de todos sus deseos. El bosque no cesará de resonar con el ¡paf! ¡paf! de Poquelino, que se regalará muy bien, un día con una perdiz, otro con un conejo y otro con un trozo de ciervo. Estas buenas comidas concluyeron por hacerle perezoso de tal manera, que en lugar de irse á pasear por las tardes como antes, se tumbaba sobre el banco y fumaba un cigarro, porque hemos olvidado decir á nuestros lectores que el enano se había encontrado en el cajón de la cómoda una provision de cigarros, ni mas ni menos de largos que el rabo de una cereza.

Un día de otoño, Poquelino se había puesto á fumar sobre su banco como un verdadero musulman, mitad despierto, mitad dormido, cuando de repente ¡paf! sale detrás de la casa un tiro que le hace dar un salto espantoso.

—Buenos días, hombrecillo, dijo el cazador riendo á carcajadas; me parece que ahora no tendremos ya nada que desear.

—¡Oh! sí, señor cazador, replicó el enano bostezando de

manera que parecía que se le iban á romper las mandíbulas.

—Veamos, mi hombrecito, ¿qué falta aun?

—Si yo pudiese tener un carruajito...., respondió el enano mirando su vientre que una buena comida había puesto casi enteramente redondo.

—Bueno, señor Poquelino; pero es preciso pedirselo á Dios, lo mismo que la casita, la cabrita y la escopetita, dijo el cazador pasando rápidamente por delante del enano para meterse en el bosque en donde había visto saltar una manada de ciervos.

Por la noche, antes de acostarse, Poquelino se sentó sobre el banco que había delante de su puerta, y contempló las nubes doradas por los últimos rayos del sol. Le parecieron un carro de fuego arrastrado por grupos de ángeles; creyó que aquello era el trono de Dios y exclamó lleno de admiración:

—Espíritu de Dios, dame, si te agrada, un carruajito.

Algunos días mas tarde, Poquelino se hallaba tendido según costumbre sobre su banco para digerir una buena comida, y de pronto oye: ¡trilin! ¡trilin! y ve al lebre negro del cazador muy enjaezado con arneses encarnados, brillantes, con estrellas de oro, que se detuvo delante de él enganchado á una carretela de color de fuego.

Ya Poquelino no tenía que desear y no miró al cielo ni tuvo un pensamiento siquiera de reconocimiento para el cazador, cuyo perro había venido á revelar al fin que él era el autor de todos sus goces. No se ocupó ya por las mañanas sino en ¡paf! ¡paf! por el bosque, como un gran señor, oyéndose por las tardes el ¡trilin! ¡trilin! al pasear por los caminos de los alrededores. Los días que siguieron fueron fríos y las noches largas y lluviosas.

El enano percibió en uno de sus paseos en coche al cazador sentado en el tronco de un árbol.

—¡Oh, Poquelino! gritó éste desde lo mas lejos que pudo verle; aquí, por aquí, hombrecillo, ven en mi socorro, estoy herido.

En cuanto el lebre oyó la voz del cazador, echó á correr con tal violencia, que la primera piedra que encontró ¡pata-trac! volcó el carruaje, se rompieron los arneses, y el perro se dirigió velozmente hácia su antiguo amo.

—Poquelino, exclamó el cazador de nuevo, trae lienzo para envolver mi mano; estoy padeciendo como un mártir.

Pero Poquelino no pensó mas que en recoger los restos de su carnaje, porque la noche venia á grandes pasos, y temió no encontrar su camino en la oscuridad. De repente se cargó el cielo de espesas nubes, silbaba el viento, zumbaba el trueno, resplandecía el relámpago y caía la lluvia á torrentes. Lleno el enano de terror, quiso entonces unirse al cazador, y se puso á gritar con voz lastimera:

—¡Señor cazador! ¡señor cazador! ¿de qué lado está vd? No me abandone vd.

Pero no recibió respuesta alguna; solamente el viento le trajo por intervalos los alegres aullidos de un perro que encuentra á su amo, y las palabras siguientes:

—Poco á poco, Fidel, poco á poco, no me lamas tan fuerte, que me haces daño.

Poquelino quiso entonces rogar á Dios que hiciese cesar la tempestad. Miró al cielo y no vió estrellas, ni luna, ni nubes doradas; pensó con terror que el Espíritu de Dios se

había alejado con el cazador. Estrema fué la desesperación del enano; pasó la noche entera corriendo de aquí para allí, estropeándose la frente contra los árboles, destrozándose las manos con los pinos y las zarzas, y lastimándose los pies con los peñascos.

Al fin la tempestad se aplacó; comenzaba á brillar el día; los rayos del sol vinieron á secar las hojas de los árboles, á hacer resplandecer cada hojita de la yerba salpicada de gotitas de lluvia, semejando á un plumero de diamantes; los pájaros volaban de rama en rama y gorjeaban á la vez para contarse los terrores que habían experimentado durante la noche.

Poquelino no prestaba atención á aquella hermosa mañana. No sintiendo temor ya por su propia seguridad, pensaba solo en la pérdida de su carruaje y en los medios de recomponerlo.

—Tengo herramientas, y un clavo aquí, un tornillo allá y una tuerca en este lado, y no se conocerá nada. Verdad es que no tengo mi lebré; ¡cómo ha de ser! pediré al Espíritu de Dios que me envíe otro por medio del cazador.

Haciendo estas reflexiones, Poquelino llegó al sitio de su casita; miró á la derecha, miró á la izquierda, atrás, adelante; sus ojos no encontraron mas que un montón de humeantes cenizas: el rayo había caído sobre la linda casita. A la vista de aquella desgracia, el erano se desmayó. Bien pronto una sensación dolorosa le hizo recobrar el sentido; la bella cabrita le estaba dando cornadas con sus cuernecitos negros y brillantes como el jaspé; andaba por allí paciendo el romero, el espliego y la salvia. Poquelino quiso al menos conservar aquel solo resto de sus perdidos bienes, y se puso á correr tras la cabra; pero en el momento que iba á coger por una pata al animalito, una mano muy grande le levantó en el aire, y la boca de Boa gritó á su oído:

—¡Caramba! he encontrado al fin á mi desertor: ¡voy á tragármelo!

LA HIJA DEL CURANDERO.

I.

EL TIO LEDAY.

Figúrense nuestros lectores un viejo alto, seco, listo; llevando con cierta coquetería sus pintorescos harapos marítimos, y que cuando le preguntaban su edad respondía con jovial sonrisa: ¡tengo diez y siete años! es decir, setenta y siete, porque en Ville-Ville, en pasando de los sesenta años, se supone que se comienza un nuevo contrato con la vida.

Y á la verdad, jamás se había encontrado allí uno tan verdaderamente joven como el tío Nicolás Leday. La menor cosa, el menor rayo de sol, bastaba para ponerle en el colmo de su alegría. Se levantaba con el alba, vagaba todo el día de acá para allá como el gilguero que se lanza fuera de su nido ó como un pilluelo impaciente de espacio y de libertad. Nada le entristecía; nada le contrariaba; ni el invierno ni el cuidado del día de mañana, ni su horizonte impreciso de miseria. Tenía él, en sí propio un inagotable tesoro de sol y de alegría, de valor y de juventud. Con sus

vestidos agujereados como el techo de su cabaña, con un pedazo de pan seco y un vasito de aguardiente de sidra, era el hombre mas rico y poderoso de Calvados. ¡Y cuenta con que la vida del tío Leday había sido penosísima!

Muy joven se había hallado huérfano sin parientes, sin patrimonio alguno, sin socorro. Había vivido de la mar.... la madre de todos, como decía él mismo; de la gran nodriza cuya leche salada jamás se agota. A los diez años se había alistado como grumete en un buque de la marina real; mas tarde, como marinero en un buque de la república; y mas tarde todavía como marino de la guardia imperial, herido en el famoso combate de Trafalgar, estuvo prisionero en los pontones ingleses, de donde volvió el año 1814, ya como un verdadero soldado, habiendo tomado parte en la última campaña de la gran odisea imperial. Se le vió volver con do



El curandero y su hija.

dedos menos en la mano derecha y una bala en la pantorrilla izquierda, sin un cuarto; empero no menos contento y alegre. A los dos ó tres años, después de su vuelta, se había casado. Su mujer murió dejándole una hija. Para criar á su hija había trabajado doble. Cuando fué grande se presentó un buen partido para ella: un pescador patron de barco. El barco pereció en el mar y con él la tripulación. La joven viuda no sobrevivió á su pesar. El abuelo se encontró con tres nietecitos pequeños, una segunda familia mas numerosa que la primera. Tenía ya entonces setenta años y el pobre hombre que había trabajado antes para dos se propuso trabajar para cuatro. Durante las mareas altas trabajaba en un pedazo de tierra, patrimonio de su difunto yerno, y cuando bajaba la mar iba á recoger los cangrejos, langostines y pescados que las olas allí dejaban. Era, hablando propiamente, nuestro hombre, un traperero de la mar. Allí ganaba su vida y la de sus nietecitos que iban creciendo distraídos con el alegre humor de su abuelo. Los dos chicos le ayudaban algo y la niña que afortunadamente era la mayor, era la que cuidaba la casa. El invierno, que es la gran pie-

dra de escollo para los pobres, lo pasaban en los días mas crudos que no podían salir á la pesca, en fabricar barquitos que durante el verano vendían á los niños de los que iban allí á los baños.

Pasaron así los años y la familia crecía maravillosamente con gran contento del abuelo.

Llegó al fin un día, día de triunfo imprevisto; día de grande alegría en que el tío Leday recibió del segundo imperio en su calidad de antiguo soldado de Napoleon una pensión de cien francos. Su entusiasmo rayó en delirio y con el mas pequenito de sus nietos en brazos y los otros dos agarrados á las faldetas de su chaqueton, recorrió la aldea gritando: ¡Viva el emperador! Se reputaba ya feliz; se creía un millonario, pero continuó trabajando con la ambición de proporcionar una buena dote á Cesarina. Cesarina era la mayor de sus nietos.

El hombre propone y Dios dispone. Una fuerte enfermedad, la primera que habia tenido despues de setenta y siete años, le postró en su cama durante todo el invierno. Mostróse nuestro viejo recalcitrante primero contra los rigores del mar; despues contra las prescripciones del médico.

Este médico, el mas celoso, sino el mas sábio de Honfleur, se llamaba Juan Caubin. Ex-ayudante mayor de los ejércitos imperiales, no tenia derecho sino al modesto título de oficial de sanidad; empero la esperiencia de una larga y concienzuda práctica, el estudio inteligente de las afecciones particulares á su clima natal, mucha observacion, un gran golpe de vista, una pronta decision y una buena voluntad, le ponian ámpliamente en el estado de suplir todo lo demás. Aunque ya viejo y bastante rico, hallábasele siempre dispuesto á montar á cualquier hora á caballo, por mal tiempo que hiciese para correr á la cabecera de su enfermo, y sobre todo si era pobre, y le curaba *gratis pro Deo*.

En cambio era terco, tiránico hasta en los menores detalles y celoso como un diablo de sus enfermos. Pobre del que se hubiese permitido tocar sin su autorizacion al enfermo, de los que exigía una obediencia pasiva, militar. Así la lucha fué terrible en el tío Leday, el que tuvo que ceder, exigiéndole despues cuando estuvo convaliente que no pudiese los pies fuera de casa en un mes y mucho mas que no trabajase nada.

—¿Y cómo vivirán los niños? dijo resignándose el enfermo.

El médico se encogió bruscamente de hombros, se metió las dos manos en los bolsillos, sacó un porta-monedas, lo abrió sin decir nada y colocó sobre la mesa una pieza de cinco francos. En medio de aquella pieza un luis de oro.

—Ahí tienes en ese plato un huevo. Cuando te lo hayas comido me pedirás otro. Buenas tardes.

Y para sustraerse á la escena de reconocimiento salió vivamente, saltó sobre su caballo que el nietecito mayor tenia de la brida, y lanzándose al galope en medio de un torrente de lluvia desapareció.

Cesarina y los dos chiquillos estaban locos de contento.

—Abuelo, ahora podreis curaros á vuestro gusto..... ahora somos ricos.

Iba ya á coger con sus manecitas la pieza de veinte y cinco francos, cuando el abuelo interponiéndose, la dijo: toma la moneda de plata, con esa basta: la amarilla la guardo yo.

—¿Para qué?

No respondió, y levantándose con esfuerzo fué á buscar sobre la chimenea cierta alcañeca ó hucha y dejó caer la moneda de oro.

—Pero será preciso romperla, abuelito, dijo Cesarina, y usted no querrá que se rompa.

—Estéte tranquila, se romperá.... pero únicamente el día de tu boda.

El tío Leday se habia hecho avaro.... para reunir la dote de su nieta.

Esta lo sabía; lo habia comprendido; lo habia adivinado todo, porque el cielo la habia dotado de una inteligencia superior á su edad.

—Abuelo, no se trata de mí, es para vd., para su curacion....

—Yo me curaré por mí mismo.

—Pero será preciso volver á llamar al médico y contárselo todo; vd. le ha prometido y jurado no salir de casa en un mes.

—No lo sabrá.

—Pero lo sabrá Dios y vd. ha jurado....

—Por el motivo Dios me perdonará..... es por tí, querida.

—Yo no quiero que vd. trabaje.

—Convenido; no trabajaré..... tengo mi idea.

—¿Qué idea? veamos.

—Mas tarde la sabreis.

Ahora, ahora, repitieron todos los nietos abrazados á las rodillas de su abuelo.

—Vamos, chiquitos, yo soy terco como buen normando; me habeis visto recibir un dinero que no he ganado..... por la primera vez en mi vida. Creí que me hubiera costado mas trabajo. El primer paso es el que cuesta. Ya no acudiré mas al doctor Caubin..... recurriré á otros.

—¿A quién?

—A uno cuya caridad no avergüenza..... á todo el mundo...., á todo el país..... á la limosna de la mar.

II.

LA LIMOSNA DE LA MAR.

Nada hay mas bueno y caritativo que el marino y el pescador. Al volver de sus tareas de la pesca se encuentran cerca de la playa una porcion de gentes que ni son mendigos ni extranjeros, que son de su mismo país, buenas gentes á quienes la edad ó la enfermedad no permite trabajar.

Nada piden, nada dicen..... aguardan con una especie de tranquila y risuena dignidad..... están allí y nada mas.

Al pasar sin hacerse rogar, sin hablar tampoco, sencilla, gravemente, como una contribucion convenida, como una deuda aceptada, cada pescador les da un puñado de langostines ó bien algunos peces.

Es el diezmo del trabajador pagado al que no puede trabajar; es la parte de Dios; es la limosna de la mar.

Aquel día, el tío Leday habia venido á sentarse entre aquellos pobres. Mientras aguardaban la limosna, les contó la grave enfermedad que habia sufrido, como habia debido su vida al famoso doctor Caubin y cómo habia faltado á su

juramento de salir de su casa antes de pasar un mes. En esta conversacion estaban cuando vieron venir hacia ellos al doctor Caubin. Trató Leday de ocultarse y trepar á una roca, cuando se le fué un pié y cayó cuan largo era. Al grito del dolor, que conmovió á todos, detúvose el doctor y al reconocer al herido se inclinó hacia él: y le dijo:

—¿Tú aquí?.... ¿tú.... á pesar de mi prohibicion? Castigo del cielo; está muy bien hecho..... muy bien hecho; me alegro mucho..... bribonazo.

Instantáneamente despues y cambiando de tono exclamó: ¡pobre viejo! se ha roto una pierna.

III.

PREOCUPACION DE ALDEANOS.

Una hora mas tarde, el interior de la cabaña presentaba un espectáculo desgarrador. Al resplandor de una miserable vela de sebo, Cesarina, pálida como la muerte y con el rostro inundado de lágrimas sobre la cabecera de la miserable cama donde yacía postrado el miserable anciano con vista angustiada seguía los movimientos del doctor que estaba curando la pierna fracturada.

Profundísimo era el silencio. De vez en cuando un sollozo salía de la cama á cuyos pies se hallaban arrodillados los dos niños, á quien su hermana les habia encargado que rezasen y rezaban.

—Vamos, esto no será nada, dijo el doctor, mañana lo compoundremos.

—¿Pero se ha roto la pierna?

—Y roto por mala parte, y á su edad..... vamos, tío Leday, si quieres creermé, mañana te haré llevar al hospital.

—¡Al hospital!.... ¿con que habrá que cortarme la pierna?

—Yo no digo eso. Pero en fin..... tú ya conoces el hospital de Honfleur..... allí se está bien cuidado y gratis. No pases penas por tus nietos; yo me encargo de ellos.

El anciano no respondió sino con un gemido y cerró los ojos. Al través de sus curtidos y arrugados párpados brillaron dos gruesas lágrimas. Los dos niños dieron un grito de terror. A Cesarina le acometió un temblor y dejó caer la vela con que estaba alumbrando.

Otra mano la cogió y se dejó llevar al lado de sus hermanitos y allí abrazados los tres gemían y sollozaban con desesperacion.

—Conque quedamos acordes, dijo el médico conmovido y apretando enérgicamente la mano del anciano. Mañana mandaré los mozos y la camilla.

—Sí, respondió el tío Leday, y ya no volvió á hablar mas palabra; empero parecia meditar como para tomar una misteriosa resolucion. Apenas habia salido el médico cuando el tío Leday con un gesto enérgico llamó á su nieta y la dijo: Cesarina ve á buscarme el curandero.

IV.

SANTIAGO EL CURANDERO.

En vano la ley proscribía el empirismo; empero en nuestros campos se creará en él, y se preferirá hasta á la misma ciencia. No defenderemos aquí esos remedios caseros que

curan enfermedades mas ó menos imaginarias. En materia de medicina la fe es la que salva.

En la cirugía ya es otra cosa. No se pueden desconocer los servicios prestados por ciertos empíricos que para las dislocaciones, las torceduras, esguinces y aun para colocar los brazos y las piernas rotas ó dislocadas, tienen, si no secretos, al menos indisputable habilidad. Estos son los últimos brujos ó hechiceros, y si hoy no se les azota ni se les quema en una hoguera como en la edad media, se les multa, se les condena á presidio por ejercicio ilegal de la medicina.

Nada mas justo. El verdadero sábio, sin embargo, busca por do quiera la ciencia y no desdena medio alguno para adquirirla. En lugar de denunciar á los curanderos y perseguirlos de muerte, los señores médicos, y sobre todo los médicos rurales, harían mejor en hacerlos llamar é interrogarlos, en verlos operar y tratar de apropiarse los sencillísimos misterios de su pobre saber. Hay familia que se ha trasmitido ciertos remedios para ciertos males, como una honrosa herencia. Santiago Isabeau era uno de estos, y los médicos le habian declarado una guerra á muerte. El desinterés con que ejercía su profesion, habia aumentado considerablemente su clientela, y el pueblo en su entusiasmo le llamaba *el médico del buen Dios*. Era viudo y tenia una hija á la que habia dado una brillante educacion. El doctor Caubin era uno de los mayores enemigos del curandero, á quien pocos dias antes le habia advertido que sería inexorable y que si no se abstenia de hacer curaciones procedería contra él, hasta hacerlo poner en la cárcel.

Hacia ocho dias que habia ocurrido esta conversacion, cuando sucedió el accidente del tío Leday.

Serian sobre las diez de la noche cuando estaba Santiago en su buena habitacion, pues era rico, al lado de su hija Teresa, cuando de repente, los repetidos ladridos del perro de la casa le llamaron la atencion.

—¿Quien podrá venir á buscarme á estas horas? dijo Santiago yendo él mismo á abrir la puerta conteniendo al perro, que como furioso se lanzaba hacia él.

—¿Quién es? preguntó con tono vigoroso Santiago.

—Yo, respondió una voz infantil.

—¿Quién eres tú?

—Cesarina..... Cesarina Leday. Mi pobre abuelo..... ha sucedido una desgracia.

—Voy á abrirte.

Y algunos instantes despues entraba Santiago en su cuarto con la pobre Cesarina chorreando agua por todas partes, por la gran lluvia que caía.

Tiritando, sollozando quiso explicarse; pero en vano.

—Siéntate aquí á la chimenea, interrumpió Teresa, y calientate..... Calmaté, pobre niña, luego nos dirás á lo que vienes.

Obedeció Cesarina, se dejó llevar á la chimenea sin saber lo que se hacia, absorta toda en la desgracia de su abuelo. Repuesta al fin logró hacerse comprender del curandero y de su hija.

—Pobre anciano, exclamó, una pierna rota, de setenta y siete años. Padre mio, es preciso ir corriendo allí.

Santiago en su primer impulso se dirigió hacia la puerta; pero deteniéndose inmediatamente:

—Caramba, dijo, he prometido ser prudente..... y me va en ello el no ir á la cárcel. Dime, Cesarina, ¿ha visitado á tu padre algun médico?

—Sí, señor Santiago.

—Pues entonces..... lo siento mucho..... pero me es imposible.

—Pero, exclamó Cesarina toda alarmada, el doctor Caubin quiere enviarle al hospital donde le cortarán su pobre pierna.

Al oír aquel nombre detestado de Caubin, el curandero cambió de fisonomía; enderezó las orejas como un caballo de batalla al sonido de las trompetas, y con voz y sonrisa sarcástica:

—¡Una amputación! dijo, cortar una pierna de setenta y siete años..... sería preciso que fuese una fractura de las mas graves, una destrucción total. ¿Y es el doctor Caubin? No me pesará juzgar por mí mismo.

Cesarina se había levantado delante de la chimenea y uniéndole sus manecitas amoratadas por el frío con una mirada llena de lágrimas suplicaba al curandero.

—¿Vámonos, padre mío? preguntó Teresa preparándose para acompañarle.

—No deseo otra cosa; pero cuidado, que voy á entrar en



Era el doctor Caubin que venia con los mozos dei hospital.

lucha abierta con el doctor Caubin..... qué recuerdo sus amenazas y que me va en ello la libertad.

—Ese pobre hombre debe de padecer horriblemente, murmuró Teresa.

—¡Ah! sí, exclamó Cesarina, arrojándose á los pies del curandero; verdad es lo que acaba de decir esta buena señorita..... tenga vd. compasion de mi pobre abuelo, no tiene esperanza mas que en vd..... vd. solo puede salvar su pobre pierna....., y su vida..... porque se moriría de seguro, se moriría.

—Iré, respondió Santiago.

—¿Mañana por la mañana? preguntó Cesarina reanimada por la esperanza y sonriendo á través de sus lágrimas.

—No..... al instante, en seguida.

—¡Gracias, señor curandero!.... qué bueno es vd., voy corriendo á anunciarle á mi abuelo esta feliz noticia.

Lanzábase ya la niña hácia la puerta cuando Santiago la detuvo por el brazo y dándole un beso en la frente, la dijo:

—Hace un tiempo cruel; voy á enganchar la tartana y entretanto tú, Teresa, dale algun vestido para que se mude es-

ta criatura. Dentro de un cuarto de hora echamos á andar.

La generosa Teresa se dió gran prisa en obedecer ayudada por la criada.

Diez minutos mas tarde, á pesar de la lluvia y del viento, se puso en camino la tartana.

V.

PERRO Y GATO.

Hacia cerca de tres horas que el tio Leday no habia pronunciado ni una sola palabra.

Estaba inmóvil en su camastro con la cabeza vuelta hacia la puerta y clavada ansiosamente su vista en la entrada.

Cuando se oyó el ruido de la tartana se apoyó un poco sobre el codo, y cuando se presentó al fin el curandero acompañado de su hija, salió de los risuenos labios del anciano un suspiro de alivio, casi un gesto de alegría. Ya no padecía; creíase salvado. Despues de saludarse afectuosamente y de recomendarle tuviese ánimo y sangre fria, hizo, alumbrándole la hija, un largo reconocimiento de la fractura, y poniéndose derecho:

—No habrá necesidad de pierna de palo, dijo, yo me encargo de componer esta.... y respondo de que estará tan lista y firme como antes.

El tio Leday halló medio de coger una de las manos del curandero y la cubrió de besos.

—Mañana por la mañana arreglaremos esto; conquie áni-



El tio Leday se hallaba á la puerta de la cárcel contando á todo el mundo su historia.

mo..... confianza en Dios, y hasta mañana. Y se marchó á preparar lo necesario entre las bendiciones de aquella familia que le miraba como un ángel del cielo.

A la mañana siguiente se hizo la operacion. Inútil es entrar en sus detalles. Fué larga, difícil y en ella ayudó á su padre la linda curandera. Salió bien completamente; y cuando lleno de satisfaccion exclamaba Santiago:

—Ya está concluido y respondo de que quedará bien.

Un grito de estupor, un rugido de cólera respondió desde la puerta.

Era el doctor Caubin, que venia con los mozos del hospital que traian la camilla.

De una sola ojeada habia visto, habia adivinado, habia comprendido todo.

Instantáneamente Teresa se colocó al lado de su padre

SEGUNDA SERIE.—1864.

como para cubrirlo con un escudo con su juventud y su graciosa inocencia.

En medio del silencio alzóse al fin la voz del tio Leday.

—Mil perdones, mi buen doctor Caubin, pero ya ve vd. que así evitaré el ir al hospital y conservaré mi vieja pierna.

—Sea muy en hora buena, respondió con soberbia actitud. Deseo que no tengas que arrepentirte, pero para obtener el socorro que te traia he debido dirigir á la administracion una peticion en forma y necesito darle cuenta.... y tanto peor para alguno si resulta alguna nueva afrenta contra la facultad.

Lanzando despues una fulminante mirada al curandero se caló el sombrero hasta las sienes y salió con el aire de un traidor de melodrama, dejando á todos consternados y murmurando sus amenazas.

AÑO XXII. 24.